

CAPÍTULO VI.

LA GUARDILLA.

Ocho días despues de la llegada de la duquesa de Clarendon á la capital de España, salió radiante el sol, llenando de inocente alegría á la soñolienta naturaleza que, fresca, despertaba al calor de sus dorados rayos, saludándola unánime con armonioso y festivo concierto. Todo dormia en el interior de las ciudades; sonreía todo con encantador bullicio en los bosques, los prados y las selvas. La humanidad es la postrera en alabar á su Criador.

En la casa del baron del Monte un solo sér formaba coro con la creacion: era Adriana de Wosley, que apénas la rubia aurora levantaba las cortinas del nuevo

dia, corria tambien las de su lecho y alimentaba su alma con la primera oracion de la mañana.

Despues de su breve y ferviente comunicacion con el Padre celestial, sentóse en una butaca próxima al balcon, abrió el libro que tanto la interesaba, y leyólo con avidez hasta concluirlo. Algunas horas despues dirigióse á do estaban sus parientes, contra su costumbre, reunidos en familia, quizás para saber el resultado de la entrevista del baron con el administrador de la duquesa, que poco debió complacerles, pues murmuraba la baronesa:

— ¡Lástima de millones para quien no sabe hacer uso de ellos!

Presentóse la jóven, trayendo en sus manos el libro que con tanto afan habia leído, y sentándose entre ellos, dijo á su tío:

— Devuelvo á usted este libro, y le suplico me proporcione usted otro.

— ¿Es el librote aquel que te empeñaste en leer? preguntóla su primo.

Clavó en él sus negros ojos Adriana, y

contestó moviendo ligeramente la cabeza en señal afirmativa.

—¿Y has tenido suficiente paciencia para concluirlo? prosiguió el baron.

—Quedándome con el sentimiento de que ésta sea la única obra que haya publicado Velasco, pues me tarda leer las que de nuevo broten de su pluma.

Miráronse todos recíprocamente, mordiéndose los labios por contener la risa; Adriana continuó:

—Suplico á usted que guarde el libro en los estantes de su biblioteca, pues aun cuando hoy lo crea usted un borron que ha caido en ellos, quizás llegue dia que le parezca á usted una brillante estrella que confunda sus fulgores con las muchas que alumbran al mundo, y sea, como ellas, imperecedera.

—Buena fortuna le auguras á ese novel escritorillo.

—Todos los grandes genios han empezado por ser noveles escritores.

—¿Qué libro deseas ahora? preguntó su tío deseando variar de conversacion.

—Si no me equivoco, tenia en la mano una obra de Fray Luis de Leon cuando la casualidad arrojó este libro á mis piés.

—¿Y vas á encerrarte de nuevo en tus aposentos para engolfar tu imaginacion en la lectura, mi bella Adriana? preguntóla Luis.

—Hoy dedico el dia á escribir mis recuerdos á los buenos amigos que he dejado allende los mares.

—¿Y no nos acompañarás á la Castellana?

—Con mucho gusto lo hiciera á permítirmelo el breve tiempo que queda para que las cartas salgan con el próximo correo.

—¿Pero no faltarás esta noche al estreno de *Guillermo*?

—¡Oh, no, no faltaré, pues no me cause de admirar las bellezas de Rossini.

A las nueve de la noche salió un lujoso carruaje de casa de la del Monte, conduciendo á sus excelencias al teatro Real; mas al llegar á la Puerta del Sol, el triste y miste-

rioso tañido de una campanilla anunció á los vecinos y transeúntes el paso del Señor, que iba á visitar un alma próxima á abandonar las mundanas miserias para unirse de nuevo á su Criador. Paró instantáneamente el coche de las del Monte; abriéronse las portezuelas, á una pequeña indicacion de la duquesa; descendieron precipitadamente sus excelencias, y postrándose en tierra, rogó al santo ministro que se dignara aceptar su coche. Subió á él con su acólito el digno sacerdote, colocáronse á ambos lados de las portezuelas los dos monaguillos que alumbraban el paso del Todopoderoso, y tañendo de nuevo la triste campanilla, rodó el carruaje hácia la calle de Correos. Detras de él empezó á andar la duquesa, acompañada de su tía y de sus primos, que con solo mirarles los semblantes, comprendia cualquiera el placer que aquel espectáculo les causaba.

Entró el coche en un callejon, por el que apenas podian virar los caballos, y paró ante la casa señalada con el numero 4.

Cuando el Señor hubo pasado sus umbrales, y viendo que la duquesa se disponia á seguirle, acercósele violentamente su tía, exclamando con voz algo más fuerte de la que el caso requería:

—¿Vas á subir?

—Sí, señora, contestó Adriana sin detenerse.

—Pero . . .

—Si el Señor hubiese entrado en un palacio, despues de acompañarle hasta sus puertas, me hubiese retirado; mas el aspecto de esta casa revela pobreza. ¿Quién sabe lo que puede encerrar!

Y siguió subiendo los ennegrecidos pedaños de una escalera que bien podía llamarse de caracol, en la cual, y en cada descanso, veíanse dos desvencijadas y pequeñas puertas que, abiertas de par en par, daban paso á otras tantas personas que con lágrimas en los ojos y luces en las manos alumbraban el paso del Señor.

Con el mayor despecho subieron las del Monte tras la duquesa, recogiendo cuida-

dosamente sus ricos vestidos por temor de ensuciarlos. Así pasaron cuatro pisos y llegaron á las guardillas, en una de las cuales entró el Viático, y tras él la caritativa duquesa con sus parientes.

Triste por demas, y en extremo conmovedor para almas ménos sensibles que la de nuestra heroina, fué el cuadro que se presentó á su vista. En una alcoba poco distante de la puerta de entrada, tendida en un jergon sobre el mísero suelo, veíase á una infeliz mujer, cuyas amoratadas facciones revelaban la cercanía del tránsito de la muerte. A pesar de su excesiva demacracion y del triste aspecto de su cadavérico semblante, conociase que aquella mujer era jóven y habia sido hermosa. Medio incorporada en su miserable lecho, sosteniala una señora como de sesenta años de edad, cuyas graves facciones, bañadas á la sazón por abundosas lágrimas, tenían cierto tinte de nobleza y austera dignidad, que al mirarla infundían respeto, y secretamente decían que, aunque envuelta en

un raído traje de lana negra, no habia nacido en una guardilla. Completaba el triste cuadro una hermosa niña de siete á ocho años, que estrechando entre sus rosadas manecitas la descarnada diestra de la enferma, tenia fijos sus celestes ojos con indefinible expresion, mezclada de espanto y ternura, en los agonizantes y cristalizados de la moribunda. Tal cuadro se ofreció á la vista de la hermosa duquesa cuando detrás del Santo Viático entró en la pobre guardilla. Echó rápidamente y llena de interés una mirada en derredor, y las gruesas lágrimas que brotaron de sus ojos demostraban la impresion que su sensible pecho recibiera. Sin proferir palabra, sin mirar ya más, dobló sus rodillas cerca de los piés de la cama, acción que fué imitada por los del Monte y por todos los vecinos que tras ellos entraron.

No trazaré, por cierto, mi desaliñada pluma el acto supremo en que una infeliz criatura, próxima á romper los lazos que con el mundo la unen, prepara su alma á

presentarse ante el Supremo Juez, que no le es dado narrarlo.

¡Tanta es su sublime grandeza!

Inclinémonos, pues, profundamente ante Él . . .

Cuando los tristes ecos de la santa campanilla dejaron de oirse en la habitacion, levantáronse los asistentes, y solo entonces cambiaron un silencioso saludo, fijándose todas las miradas en las elegantes señoras que habian acompañado al santo Viático.

La primera en romper el silencio fué la duquesa, que dirigiéndose pausadamente á su tia y primas, las dijo á media voz:

—Suplico á ustedes que no se molesten por mí; pueden ir al Real desda luego, si gustan.

—¿Y tú? se apresuró á preguntar la baronesa.

—Creo que puedo ser útil aquí, y me quedo.

—Pero . . .

—Acabada la funcion pueden ustedes

venir por mí, y si no soy necesaria en esta casa, me retiraré con ustedes.

Hubo un momento de estupor, al que siguieron algunos cuchicheos.

—Me permitirás á lo ménos que me quede acompañándote, repuso Luis.

—Come comprenderán ustedes, no es la ocasion para discusiones, repuso Adriana. Ustedes harán lo que tengan por conveniente.

—Luis, dijo la baronesa con imperio, acompáñanos al Real, y luego eres libre de volver ó quedarte con nosotras.

Murmurando todos y saludando apénas, salieron las del Monte de la mísera guardilla, donde tenian su asiento la míseria, las lágrimas, el infortunio, toda la pobreza y pequeñez de la vida, para asistir al regio coliseo, ántes que templo del arte, de la vanidad, de la locura de este engañoso mundo, del lujo, de la moda, de la crítica ó de la sátira; teatro en fin, mentira todo.

Acercóse Adriana al lecho de la mori-

banda, y viendo que ésta tenía cerrados los ojos y plegadas las manos como si quisiera reconcentrar en sí misma la poca vida que la quedaba, dirigióse á la señora anciana, que de pie á la cabecera de la enferma enjugaba su abundante llanto, diciéndola con voz conmovida:

—Me ha tomado la libertad de quedarme en esta casa, por si mi presencia puede ser útil en ella. Ya que no me es dado evitar esa desgracia, ¿podré aliviarla en algo?

—Señora, balbuceó apenas la anciana clavando sus bondadosos ojos en el conmovido semblante de la duquesa.

—Creo que mis palabras no pueden tener mas que una interpretacion, continuó aquella. Si yo supiera mentir, diria á usted que pertenezco á alguna sociedad de beneficencia de las que sin duda habrá en la capital de España; sin embargo, á ninguna pertenezco, ni sé cuáles existe. Dios nos manda consolar al desgraciado, y para cumplir tan sublime precepto me basto

sola, sin asociarme á nadie. Aliviar las desgracias de mis hermanos es para mí un verdadero placer, del cual hace algun tiempo estoy privada, pues extranjera en esta tierra, me es forzoso indagar mucho para saber dónde se oculta la desgracia. Hoy el Señor me ha indicado este asile de dolor, y mi corazon me dice que no es la muerte solo lo que aquí se llora.

Apretó la anciana señora entre las suyas la mano de la duquesa, y viendo que la enferma conservaba la misma postura y al parecer respiraba tranquilamente, dijo á la niña á media voz y con tiernísimo acento:

—Isabelita, vigila cuidadosamente á tu pobre mamá, y al menor movimiento que en ella adviertas, avísame. Y haciendo sentar á la duquesa en una vieja silla de pino, y despues de hacer ella lo propio á su lado, continuó. No dudo, señora, que es usted uno de esos ángeles que Dios manda á la tierra para consuelo de los afligidos. Como usted ha dicho muy bien, no es la

muerte lo único que aquí se llora; es la pérdida de una virtuosa y desgraciada mujer, ocasionada por una serie no interrumpida de lágrimas, dolores y miserias; es la orfandad de una pobre niña, sin más amparo que Dios del cielo. . . .

Y la buena señora sintió interrumpidas sus palabras por las frecuentes y dolorosas lágrimas que brotaban de sus ojos.

—No se moleste usted en relatarme una historia que puede traerle fatales recuerdos; basta para mi objeto saber que aquí hay miseria ó infortunio, pues ya que no me es dado evitar este último, puedo desde luego destruir la primera.

—Sé por experiencia, señora, cuán grato es al alma practicar una buena acción para que intente privar á usted del placer que ahora siente; además, ¿á qué negarlo? La larga enfermedad de esta desgraciada ha acabado con todos los recursos de que podíamos disponer; no tenemos ya con qué socorrerla ni con qué dar á su cuerpo la debida sepultura cuando el alma haya vo-

lado á su Criador. Luego, esa pobre niña. . . De nuevo embargarón las lágrimas las palabras de la anciana.

—No se apesadumbre usted, señora; la suerte de esta niña está asegurada. Levantó la anciana sus ojos al cielo y solo pudo exclamar:

—¡Bendito seais, Dios mió!

—¿Es usted acaso madre de esa infeliza?

—No, señora, ningún lazo de parentesco nos une, si bien digo mal, pues los desgraciados formamos en este mundo una sola familia, aislada completamente de la sociedad, que huye de nosotros como si tuviéramos grabada en nuestro semblante la marca del réprobo. Hace seis años que somos vecinas, y mutuamente nos hemos ayudado en nuestras penalidades; ella trabajando día y noche porque no le faltara el pan á su hija; yo, incapaz de trabajar, cuidando al hijo de mis entrañas, que se desvive porque de nada carezca su pobre madre. ¡Ah, señora! perdone usted las lágrimas que brotan de mis ojos al recuer-

do de mi querido hijo. Joven, de veintiseis años, se había sin carrera alguna, porque no he podido costeársela; muy al contrario, á costa de mi salud he sostenido por espacio de muchos años un trabajo superior á mis fuerzas para mantener y educar modestamente á mi hijo, hasta que los años y las fatigas han rendido mi débil cuerpo. Ahora él me sostiene á mí, sabe Dios con cuántas privaciones de su parte; Dios se lo premiará; así lo espero.

—¿Y la pobre enferma?
 —¡Ah, señora! la infeliz Isabel es hártomás desgraciada que yo. Hija de una acomodada familia americana, contra la voluntad de sus padres contrajo matrimonio con el hombre á quien adoraba; vino con él á España, y aquí empezó su martirio. Después de hacerla pasar todos los tormentos por que puede pasar una mujer, desapareció de su lado, llevándose consigo el poco capital que le quedaba, y dejando á su infeliz esposa y á esta niña, que entonces contaba dos años, en el más completo

abandono. En tal estado vinieron á habitar esta guardilla, y desde entonces formamos una sola familia.

—¿Sabe usted por casualidad de qué parte de América es hija esa pobre señora? preguntó la duquesa con una ansiedad que no trató de ocultar desde que la anciana empezó su relato.

—De la América del Norte.

—¿De New-York?

—Allí creo que vivió hasta su casamiento.

—¿Será posible, Dios mio? murmuró Adriana levantando los ojos al cielo; luego continuó: ¿se llama Isabel de....

—Isabel del Castillo y Armendáriz; su padre era español, su madre, mexicana.

—Sí, sí; ¡es ella! ¡Infeliz! ¡En qué estado te encuentre!

—¿Cómo? ¿la conoce usted acaso? preguntó con vivo interés la buena anciana.

—¡Y tanto, señora! Juntas hemos pasado las horas más dulces de la vida; en mi

pecho desahogó las primeras lágrimas que su insensata pasión la hizo verter.

—Sin embargo, parece mucho mayor que usted.

—Solo me lleva tres años; pero las vicisitudes por que habrá pasado la han envejecido treinta. ¡Pobre Isabel, qué aciaga suerte la tuya!

Y el dolor que sentía su corazón por el infortunio de su amiga convirtió en dos fuentes sus preciosos ojos.

—Señor, ¿quién duda de tu misericordia? exclamó la anciana enjugándose los suyos.

—¿Y nada ha sabido esta infeliz de su esposo? prosiguió la duquesa.

—Supo hace poco que acababa de morir en Francia en un desafío, y ese golpe fué mortal para ella; pues su virtuoso corazón alimentaba la firme esperanza de que su esposo volvería á arrojarle en sus brazos arrepentido de sus pasados errores, y en tal convicción perdonábale con

toda su alma y con una abnegación digna de mejor suerte.

—¡Desgraciada!

—La desastrosa muerte de su esposo, á quien no podía dejar de amar, y el sentimiento de no haberle dado el postrer abrazo, la han precipitado al sepulcro. Hay corazones, señora, que por agravios y desengaños que reciban, no pueden agriarse ni dejar de ser sublimes.

—Cierto; así como hay otros á los cuales la vista de las desgracias ajenas causa hastío, y los grandes sentimientos, risa.

La conversación entre la señora anciana y Adriana de Wolsey fué interrumpida por una tos apagada y seca que dejó oír el quebrantado pecho de la enferma, y casi al mismo tiempo una argentina voz exclamando:

—Mamá.

Levantáronse de nuevo las dos interlocutoras como movidas por un mismo resorte, y acercándose á la enferma, que con un beso de sus fríos labios acababa de dar un

pedazo de su alma á su adorada hija. Al ver á las dos señoras, tendió una mano á la más anciana, fijando en ella una apagada é interrogadora mirada que comprendería aquella, pues se apresuró á decir:

— Isabel, la misericordia de Dios no abandona jamas á sus criaturas. Esta señora ha llegado hasta aquí guiada por el mismo Dios para tender su protectora mano hácia tí y tu pobre hija.

Quiso incorporarse la moribunda, mas impidióselo la duquesa, diciéndola:

— Isabel, Dios me manda á tu lado para consolarte en tu desgracia; muchas lágrimas has vertido sobre mi pecho; derrámalas hoy de nuevo, que nadie pueda comprenderte mejor que tu amiga de la infancia; tu hermana si quieres, que bien podemos darnos este dulce título.

Fijó la enferma los ojos en Adriana con tal expresion de ansiedad, que parecia que toda su vida afluía á su mirada.

— ¿No me conoces? prosiguió la duquesa.

¿No conoces á tu mejor amiga Adriana de Wolsey?

— ¡¡¡Adriana!!!
— ¡Isabel!!!

Y cayeron una en brazos de la otra, confundiendo sus besos y sus lágrimas.

— Adriana, murmuró la enferma con voz débil y entrecortada por los sollozos, Dios te manda á mi lado en mi última hora porque no muera desesperada como mi pobre hija.

No pudo continuar, el dolor le anudó la voz en la garganta.

— Tranquilízate. ¡Pobre Isabel! La misericordia de Dios no la privará de su madre en edad tan temprana.

— ¡Oh! sí, sí; yo muero; el frío de la muerte penetra por mis venas, dijo la moribunda. ¡Si á lo ménos me fuera dado llevarme conmigo á mi hija!... Mas esto no es posible, y yo no puedo resignarme á morir dejando á la prenda de mis entrañas huérfana y sola en el mundo.

— Si Dios tal desgracia dispusiera, dijo

la duquesa con voz solemne, yo juro amparar la orfandad de esta pobre niña.

—Sí, sí, tú lo harás, interrumpió la enferma, porque tú eres el ángel de consuelo con quien há poco yo he soñado y á quien encargaba la custodia de mi hija. Mírala, Adriana, ¡mira cuán hermosa es! Solo tiene ocho años; nació en ricos pañales y se ha criado en la miseria. Que no mal diga el nombre de su padre. ¡Fué un desgraciado! . . . Ricardo . . . ¡Pobre Ricardo mío! . . . Un fuerte ataque de tos cortó las palabras de la enferma sobresaltando á las que la rodeaban, y sobre todo á la pobre niña, que gritó asustada:

—Doña Cármen, mi mamá se muere. ¡Mamita . . . mamita mía! . . .

La anciana cogió á la inocente criatura en sus brazos consolándola lo mejor que pudo, mientras la duquesa prodigaba los mayores cuidados á la enferma, logrando al poco rato tranquilizar á ambas, á cuya conmovedora escena sucedió un religioso silencio, que ni doña Cármen ni Adriana

se atrevían á interrumpir. Hubiérase prolongado sin duda, si la repentina aparición de un hombre no lo hubiese brevemente alterado.

A los primeros pasos que de él se oyeron, exclamó doña Cármen levantándose de su asiento:

—Mi hijo.

Efectivamente, un joven modesto, aunque decentemente vestido, entró en la habitación; abrazó á su anciana madre, que le salía al paso, y al hallarse frente á frente de Adriana . . . miráronse ambos con la misma insistencia sin acertar á saludarse; no era la primera vez que sus ojos se encontraban. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo se habían visto? Pasado el primer momento de sorpresa cambiaron un saludo ceremonioso, y despues de enterarse el recién llegado de la situación de la enferma, tomó asiento cerca de su madre, y seguidamente corrió Isabelita hácia él, que besándola cariñosamente, la sentó sobre sus rodillas.

—Es mi hijo, exclamó doña Cármen pre-

sentando el joven á duquesa; es el hijo del cual hace poco he hablado á usted. Y volviéndose á éste, continuó:

—La señora . . .

—Soy una amiga de la enferma, interrumpió vivamente Adriana.

—En mala ocasion ha venido usted á verla, dijo el joven sin poder apartar los ojos de la duquesa.

—En la mejor, caballero, pues aunque le sea sensible á mi corazon encontrar á mi amiga en tan triste estado, siente en cambio el consuelo de poderla cerrar los ojos.

—¿La habrá usted conocido en mejores tiempos?

—Efectivamente; la conocí cuando le sonreia la fortuna. Ocho años he estado separada de ella sin saber su paradero; la infeliz ha debido sufrir tanto, que difícil se me ha hecho hoy reconocerla. ¡Ojalá hubiera venido ántes á España! ¡Quizá habría llegado á tiempo de salvarla!

—¿Usted no es española?

—Lo soy, caballero, mas á los meses de

mi nacimiento abandonaron mis padres la Península, y hasta hace poco no he vuelto á ella.

—Dispense usted, señora. ¿Usted ha llegado por la línea del Mediodía?

—Efectivamente.

—¿Hará casa de ocho dias?

—Poco más ó ménos.

—Perdone usted mi indiscrecion, dijo el joven con respetuosa galantería.

—¡Oh! no hay tal, caballero, sus preguntas, léjos de ser indiscretas, tendrán sin duda su motivo.

—Las motiva el deseo de tener la seguridad de que es usted á quien tuve el honor de ver descender del tren y subir al carruaje con unas señoras que salieron á recibirla.

Clavó Adriana sus negros ojos en el joven, y no tardó en bajarlos murmurando:

—Le reconozco á usted, caballero; usted fué el que tan justa leccion dió á mi orgullosa tia en la cuestion del brazaleté. . .

—Señora, interrumpió vivamente el jó

ven, si indiscreto he estado en recordar aquel día, sabe Dios que no há sido por sacar á relucir tan desagradable escena, puede usted creerlo.

Bajó los ojos Adriana; bajólos también el jóven, quedando fijos en ambas los de doña Cármen, que sin darse razon del por qué, palideció mortalmente.

La llegada de un nuevo personaje puse fin á este diálogo, ó mejor dicho, al silencio que á él sucediera. Era el baron, que, colándose de golpe en la estancia, sin saludar siquiera á doña Cármen y á su hijo, dirigióse resueltamente á Adriana, diciéndola:

—Abajo espera el coche por si quieres aprovechar dos actos del *Guillermo*.

—Levantó la duquesa los ojos, y despues de reflexionar un rato, preguntó á doña Cármen:

—¿Quién vela esta noche á la enferma?

—Mi hijo, señora.

—¿Y no podria relevarle yo de ese cargo?

—Dispense usted, señorita, contestó el

jóven; la vida de la infeliz Isabel puede prolongarse pocas horas, y no debo permitir que se encuentre usted sola con ella en su postrer momento.

Comprendió desde luego la duquesa que no podria conseguir la deixasen velar sola á su amiga, y su delicadeza no la permitia velarla en compañía de un desconocido; así que, acomodándose á las circunstancias, se contentó con responder:

—Sea hoy como ustedes quieren; mañana se arreglará todo.

Envolvióse en el abrigo que le presentó su almibarado tío; acercóse á la enferma, que continuaba, si no dormida, aletargada, y temiendo turbar su aparente reposo, apartóse silenciosamente del lecho, diciendo á doña Cármen:

—No quiero importunarla, pues parece estar tranquila. Si pregunta por mí, dígame usted que á las primeras horas de mañana estaré á su lado. Luego tomó á la pequeña Isabel en sus brazos, la besó tiernamente, y llevándosela aparte, le dijo po-

niéndola un rico portamoneda en la mano: Tómalo; en él encontrarás con qué atender á las necesidades de la pobre mamá; que nada le falte; mañana tempranito estaré de vuelta.

Por toda respuesta rompió la niña en tierno llanto, apretando entre sus manos el presente de la duquesa.

Besóla ésta repetidas veces, prodigándole mil consoladoras palabras de cariño, y luego tendió la mano á doña Carmen, diciéndola:

—Hasta mañana, señora; si durante la noche su estado se agravase, espero que no permitirán ustedes que muera mi amiga sin volverme á ver. Para esto y para todo lo que á ustedes pueda ofrecérseles, les dejo una tarjeta. Y dejó una sobre la pequeña mesita.

—Nada valgo ya, señora; sin embargo, disponga usted de esta pobre anciana en cuerpo y alma, dijo doña Carmen contentiéndose apenas las lágrimas.

—Lo mismo que mi madre repito á us-

ted; aunque soy un pobre diablo, Enrique de Velasco está siempre á los pies de usted para cumplir sus menores deseos.

Dió un paso atrás el baron al oír este nombre, y midió al jóven con una desdenosa mirada.

—¿Cómo? . . . exclamó Adriana sin ser dueña de sí misma; mas reponiéndose inmediatamente, continuó: Gracias, caballero, . . . hasta mañana.

Aceptó el brazo que su tío la ofrecía, el que sin tomarse la molestia de descubrirse ante las canas de doña Carmen, saludó distraidamente con una ligera inclinación de cabeza, bajando ambos la negruzca escalera. No tardó en oírse desde la pobre guardilla rodar el carruaje hácia el teatro Real.

Apénas Adriana abandonó la estancia, cogió Enrique la tarjeta que aquella dejara, y acercándose á la luz, vió que decía sencillamente: «Adriana de Wolsey y de Peñarrosa, Espoz y Mina, 8.» Quedó algunos segundos pensativo, luego sacó de su bolsillo un pequeño libro de memorias, y

la encerró cuidadosamente en él. Ninguna de estas acciones pasó desaperebida para doña Cármen, por más que la distraía la pequeña Isabel enseñándole el tesoro que aquella hermosa señora la entregara.

Los comentarios á que dió lugar la cristiana accion de Adriana de Wolsey son fáciles de suponer, atendido el modo de ser de sus parientes los barones del Monte. Sin embargo, la duquesa tenia suficiente talento para sobreponerse á tales mezquindades, de modo que desde el primer momento que entró en el palco, resignóse á contestar con monosílabos á las intencionadas preguntas que la dirigian. ¿Por qué hablarles de lo que no podian comprender? Luis, exageradamente galante y sobrado pródigo en manifestaciones de amor, fuéle aquella noche más antipático, si cabe, que los dias anteriores. Escuchó el final del *Guillermo* con una distraccion no acostumbrada en ella, y salió del teatro contestando con exquisita finura, aunque con fria reserva, al bullicioso emjambre de adora-

dores que se ponian constantemente á sus piés, atraídos por el brillo de su fabulosa fortuna, que no por los sentimientos que les inspirara, pues la mayoría solo habian cambiado con ella saludos de mera etiqueta.

Una vez en su casa y al dar las buenas noches á sus tíos, participóles Adriana que al dia siguiente acudiría á la cabecera de la moribunda, en la que habia encontrado una antigua amiga, y que permanecería á su lado mientras ésta existiera.

—¿Y si no muere mañana? la interrumpió la baronesa.

—Tanto mejor, contestó Adriana; tendré el consuelo de prodigarla más tiempo mis cuidados.

—Pero eso....

—Ana y Dori permanecerán constantemente á mi lado, y no habrá necesidad de que ustedes se mortifiquen en acompañarme.

—Pero, hija, mañana recibimos: ¿cómo vamos á excusar tu ausencia?

—Procuraré estar en casa á la hora de la recepcion para no caer en falta con el mundo.

Y dando las buenas noches, penetró en sus habitaciones.

Una vez en su cámara y despues de despedir á sus doncellas, exclamó dejando caer su hermosa cabeza sobre la almohada:

—¡Enrique de Velasco! ¿Será el autor de aquel delicioso libro?

CAPÍTULO VII

ARRANCADA AL SEPULCRO.

¡Tristel! ¡muy triste es una noche de invierno pasada á la cabecera de un moribundo! Nuestro simpático jóven, despues de despedirse cariñosamente de su anciana madre y de prodigar mil festivas caricias á la pequeña Isabel, tomó asiento junto á una mesa sobre la cual estaban revueltos multitud de papeles; un viejo tintero con dos plumas; dos ó tres botellas conteniendo otras tantas medicinas; un plato con una cuchara de palo y una taza; un candelero de laton sosteniendo una bujía de sebo que débilmente alumbraba la pobre estancia; y dos ó tres cachivaches medio rotos que servian de juguets á la tier-